

si es chamba o no, pero siempre entre el firme juego de las formas de los árboles, las casas y los cañaverales y con una aguda captación del color y de la fina luz de Murcia.

Tampoco es mi papel formular un juicio estético sobre el paisaje de la huerta. Además todo lo peor que de él pudiera decirse lo puso *José Ballester* en labios de un personaje, para rebatirlo después, con hondo apasionamiento, por boca de otro en la más exquisita de nuestras novelas regionales.

Lo indudable es que este paisaje debe obrar de manera bien distinta que los que antes hemos comentado. En primer lugar no brilla por ausencia, como, al parecer, el de Andalucía, desbordado por los influjos de la temperie y la atmósfera. El hombre de la huerta de Murcia no puede tender a la pura vida vegetativa, porque el paisaje tiene, justamente, una acción de presencia, de realidad mayor acaso que en ninguna otra región y el alma se entrega a él, a su concreción. Esa su concreta realidad es reforzada por un elemento que algún comendador del paisaje estético ha colocado al lado de los que nosotros estudiamos: me refiero al cultivo de la tierra. Para mi punto de vista éste sería un factor derivado, pero ahora lo que importa es la llamada a la realidad que supone el saber que la belleza que nos envuelve es en gran parte construída por el esfuerzo cordial y sostenido de las generaciones en su sucesión en el tiempo, acaso ya desde la Roma Imperial, con seguridad desde nuestros predecesores y abuelos los árabes y luego, a través de siete siglos de población cristiana por hombres tan amantes de la huerta, que—como dice *Manuel Fernández-Delgado*—«pisaron descalzos la tierra para no herirla». Así, la mera contemplación del paisaje nos introduce en la tradición, nos liga con lazo natural, sin la menor artificiosidad, con nuestros mayores.

Debe ser también muy distinto el efecto de nuestro paisaje que el de Castilla, Galicia, la Pampa. Ni excitación de afec-

